

CORRUPCION Y CAPITALISMO

07/01/2007

I. La corrupción en el capitalismo organizado

Para entender el capitalismo es necesario entender la corrupción. El vínculo entre uno y otra es significativo, a lo largo de toda la historia del capitalismo desde su etapa mercantil y colonialista. Pero en la estructuración actual del capitalismo, la construcción de sus organizaciones y de sus formaciones se entiende de manera superficial si no se incluye la corrupción. Esta juega un papel por lo menos tan importante como la represión, la negociación, la enajenación y la cooptación.

Definir la corrupción requiere examinar una carga ideológica hegemónica de la que no siempre hay conciencia. Las fuerzas dominantes definen lo que es y no es corrupción, y califican a quienes son y no son corrompidos. Ya Aristóteles, en *La política*, se refería a “la corrupción de los gobernantes que se reparten entre sí la fortuna pública contra toda justicia...” Limitaba la corrupción a los gobernantes en nombre de los ciudadanos poseedores de esclavos

En la *Vickipendia* o *Enciclopedia Libre*, por corrupción se entiende “el conjunto de actitudes y actividades de los funcionarios que en vez de buscar el “bien común” para el que han sido elegidos o nombrados, se aprovechan de sus cargos y usan los recursos del Estado en el enriquecimiento propio.” Otras definiciones en boga coinciden con ese planteamiento aunque son más detalladas y hasta enumerativas. Existen, además, investigaciones supuestamente precisas que con indicadores estadísticos sirven para diseñar una especie de “corruptómetro”.

Desde el neoliberalismo proliferan los expertos en corrupción con “fundaciones” contra la corrupción como “Transparencia Internacional”. Muchos de ellos son auspiciados ---como los “pobrólogos” y los defensores de los “derechos humanos”, -- por el Banco Mundial, las Naciones Unidas y los gobiernos imperialistas. Proliferan, además, legisladores, fiscales y jueces --algunos de fama internacional--, encargados de perseguir y sancionar a quienes incurren en actos de corrupción, con el beneplácito de quienes ven en el fenómeno un acto atribuible a delincuentes.

El problema es que precisamente durante el neoliberalismo y la globalización aumentan las “preocupaciones” por la corrupción, mientras al mismo tiempo no sólo crece la corrupción considerada como delito, sino la que se da, para el saqueo más cuantioso de riquezas en la historia de la humanidad, mediante la privatización y desnacionalización que caracterizan al “modelo” neoliberal globalizador.

Salir de la concepción sesgada no sólo implica precisar los nexos concretos entre la corrupción y los procesos actuales de dominación y acumulación del capitalismo, sino entre el “crimen organizado” y el capitalismo organizado.

El capitalismo de nuestro tiempo es un sistema altamente organizado. La organización se da desde sus empresas más pequeñas hasta sus complejos globales. Nunca el capitalismo estuvo tan organizado como hoy. Al mismo tiempo, la

irracionalidad del sistema es cada vez más notoria, no sólo por opresiva y depredadora sino por autodestructiva. Y en el conjunto del proceso se encuentra, como un fenómeno mayúsculo, la corrupción.

Si consideramos el sistema capitalista como conjunto (como un todo), la corrupción y la cooptación juegan un papel relevante tanto en la eficacia del mismo para alcanzar objetivos como en las graves limitaciones de su racionalidad instrumental. Muchos de los “efectos laterales” de los modelos y medidas del sistema son “no deseables” o “no deseados”, y sobre todo declarados como tales por sus voceros.

En tanto modo de dominación y acumulación, el capitalismo añade a sus relaciones constitutivas otras muy importantes de mediación y mediatización, de represión y negociación. En ellas la corrupción y la cooptación aparecen y reaparecen como formando parte fundamental del sistema.

Las manifestaciones de la corrupción en los modos de dominación y producción precapitalistas no tienen el papel estructurado, regulador y usual, que alcanzan en una sociedad en que la cultura mercantil, con la mediación del dinero y el salario, y el hábito de la negociación, no sólo las reproducen sino las institucionalizan.

Al mismo tiempo, sin que sea fácil explicar las razones, en el pensamiento crítico y revolucionario, la corrupción y la cooptación se encuentran, por lo general, entre las relaciones sistémicas más inadvertidas, o a las que se ha dado una atención inferior a la que merecen si se considera el enorme impacto que tienen en los procesos de dominación y explotación, así como en las luchas por la liberación y la emancipación.

En cuanto a las ciencias sociales hegemónicas, a la manera de los funcionarios transnacionales, aíslan la corrupción y la separan del modo de acumulación y dominación capitalista y de sus relaciones de mediación. En el neoliberalismo la analizan sobre todo como un delito relacionado con el gobierno y “el sector público”, con los funcionarios del estado social y nacional, y con los representantes de los trabajadores, pueblos y ciudadanos. Limitan sus acusaciones a lo que “la ley” define como corrupción sin relacionar las causas de esa delincuencia con el sistema de dominación y acumulación capitalista, ni con sus actuales políticas de globalización neoliberal.

En la “cultura de la contención” y en el terreno bélico, los publicistas del orden actual presentan la corrupción del enemigo como corrupción, y la corrupción que sus propias fuerzas, como “acción humanitaria” o “acción cívica”, términos militares y técnicos que forman parte de la “guerra de baja intensidad” y de un antiguo afán de vencer al enemigo no sólo por el terror sino por la dádiva.

Para un primer acercamiento al fenómeno de la corrupción es necesario sacarlo de su aislamiento; vincularlo a la trama de conceptos a que pertenece como política del capitalismo en la lucha de clases contra quienes intentan sustituirlo con

el socialismo, se limitan a proponer otras políticas, o defienden los derechos nacionales y sociales alcanzados.

Pero al liberar la corrupción de las abstracciones, se advierten otros problemas de aislamiento indebido. En el propio pensamiento crítico, el concepto de corrupción forma parte de la categoría general del “modo de acumulación” económica sin tomar siempre en cuenta “el modo de dominación” aunque sólo con ambos se explican: corrupción, dominación y acumulación.

En realidad el capitalismo es –en todo momento y circunstancia– un *modo de dominación y de acumulación*, es decir un conjunto de formas o relaciones constituidas por el afán de dominar recursos y mercados, de acumular riquezas y de organizar empresas e instituciones para maximizar utilidades. Ese objetivo se explica en términos generales y deterministas por la ley del valor. Pero cuando se piensa en la ley del valor sin pensar también en los modos de dominación se pierde la posibilidad de considerar las variaciones e interacciones de la “acumulación original” –con las variaciones de las violencias en el saqueo, la depredación y el pillaje— así como con las variaciones en las luchas de enfrentamiento, mediación, concertación, represión y rebelión en que se oscurecen o aclaran, se desarticulan o articulan las luchas de clases contra la opresión, la dependencia y la explotación.

El propio Marx no concibió la acumulación original en términos de una etapa ya pasada. Se refirió a la “Ursprüngliche Akkumulation” en términos que su análisis puede confirmarse todo el tiempo en toda la historia del capitalismo, aunque se manifieste en forma creciente durante las fases de crisis y en aquellas regiones que, como las periferias internas e internacionales, se encuentran en una especie de crisis permanente.

Las intervenciones militares y los golpes de estado están altamente correlacionados con los ciclos económicos y con las crisis permanentes de las periferias. Las intervenciones del imperialismo, sus asociados y subordinados corresponden al sometimiento y saqueo de países enteros por las burocracias militares y civiles para beneficio de sus jefes y de las empresas nacionales y multinacionales. Es más con frecuencia las propias empresas tienen empresarios y políticos armados desde los tiempos de Sir Frances Drake hasta hoy.

Las políticas actuales contra el Estado Nacional, el Estado Social y por “el Sector Privado”, esto es por la privatización de empresas y riquezas públicas y comunales en las Metrópolis y en las Periferias, son parte de la acumulación original característica de la globalización y el neoliberalismo. La corrupción también es parte del saqueo de los países objeto de intervención político-militar y empresarial como Palestina, Irak, Afganistán por no citar sino algunas de las más notorias víctimas de la acumulación original neoliberal a escala global.

Pero ni acumulación ni corrupción se limitan a los momentos críticos ni a los países periféricos: se dan también en gran escala durante largos períodos de reestructuración del poder y la riqueza en los propios países hegemónicos, hoy encabezados en todo el proceso y sus consecuencias por Estados Unidos, sus

asociados y subordinados. Las diferencias en el tiempo y el espacio no son desdeñables; aunque nunca dejan de combinarse dominación y acumulación entre sí y en los procesos de corrupción.

A fines del feudalismo y principios del capitalismo, la acumulación original se basó en la expropiación violenta de los bienes comunales, y en un colonialismo reestructurado que se convirtió en fuente creciente de acumulación original. En aquél tiempo la acumulación original (del latín “*oriens*”, o “lo que nace” y también lo que “se levanta de nuevo”) fue sucedida por el *modo* de dominación y producción capitalista y sus sucesivas formas de acumulación ampliada, que incluyó y refuncionalizó a las relaciones de intercambio colonial. La expropiación de tierras comunales por los nuevos latifundios, por las compañías deslindadoras, por las plantaciones sigue hasta nuestros días al amparo de los Estados y los Mercados hegemónicos y de sus innumerables actos de corrupción abierta y encubierta.

Desde fines del siglo XX la acumulación original “empieza” o “se levanta” con el *modelo* de dominación neoliberal y globalizador del capitalismo organizado y articulado a nivel mundial. No sólo abarca tierras comunales y riquezas coloniales, sino conjuntos enteros de los espacios económicos y sociales. Si en la Periferia y el Mundo se inicia con un acto de violencia brutal como el de Pinochet en Chile; en las Metrópolis la dominación autoritaria y engañosa de Reagan en Estados Unidos y de Thatcher en Inglaterra son también fundacionales de la globalización neoliberal. Las similitudes descubiertas por los clásicos siguen siendo válidas, pero las redefine la historia de las relaciones de dominación, intercambio y acumulación. El sentido de la palabra “original” o “primitiva” se basó en la experiencia histórica de Marx, y se redefinió con la historia que lo sucedió.

Hoy, vivimos un tiempo en que la acumulación original es característica esencial del neoliberalismo globalizador con variadas formas de corrupción que son *legitimadas* por el sistema dominante y sus publicistas. Si “la corrupción”, es denunciada por las fuerzas hegemónicas, lo es como un mal *siempre disociado* de las políticas del neoliberalismo de paz y de guerra. Los defensores de la “dignidad humana”, de la “prensa libre”, y todo el aparato retórico del imperialismo neoliberal, como el Banco Mundial, el Fondo Monetario Internacional, apoyados por importantes grupos de las “clases políticas”, de las “élites tecnocientíficas” y de los “medios de comunicación”, logran ocultar las dimensiones macrosociales de la corrupción y de la depredación neoliberal, emprendiendo batallas de distracción “contra una corrupción” cuidadosamente acotada como fenómeno delictuoso y criminal, y más bien característica del “sector público” de la economía, de cuyas empresas, riquezas y presupuestos de ingresos y egresos, las megaempresas y el imperialismo se apoderan todo lo que pueden.

La acumulación primitiva de nuestros días, como ha señalado David Harvey “tras una lectura cuidadosa de la descripción de Marx”, incluye: “la mercantilización y privatización de la tierra y la expulsión forzada de las poblaciones campesinas; la conversión de varios derechos de propiedad

(comunitaria, colectiva, estatal, etc) en propiedad privada con derechos exclusivos; la supresión de los derechos de “la cosa pública”; la mercantilización de la fuerza de trabajo y la supresión de las formas indígenas o alternativas de producción y consumo; la apropiación colonial, neocolonial e imperial de bienes y propiedades, incluyendo recursos naturales; la monetarización del intercambio y de los impuestos; la trata de esclavos; la usura y la deuda nacional así como el dominio de los sistemas de crédito...” En todos estos casos se ha empleado el arma de la corrupción y la represión legitimada, legalizada u ocultada por el Estado. El nuevo proceso de acumulación primitiva contra naciones y países divididos por clases y etnias (y en otras categorías más) ha afectado particularmente a las poblaciones más débiles y más pobres, y enriquecido sobre todo a los más ricos y poderosos, según confirman todos los estudios serios sobre la distribución de la riqueza y el ingreso. En ellos también se anuncia que las tendencias del proceso tienden a continuar y acentuarse. Pero en la mayoría se calla que el origen del nuevo empobrecimiento sea el neoliberalismo y el capitalismo que lo impulsa.

Otro problema de desinformación sobre la corrupción está relacionado con los instrumentos de mediación del capitalismo. Uno de ellos es la cooptación, que juega un papel muy importante en la corrupción y en las mediaciones micro-macro del modo de dominación y acumulación capitalista. La cooptación, junto con la corrupción, tiene efectos macroeconómicos mucho mayores a los que aparecen cuando sólo se le considera como mero reclutamiento de nuevos cuadros y dirigentes. La cooptación forma parte de un proceso histórico de reestructuración de la lucha de clases.

Ya Marx y Engels mostraron claramente que el principal instrumento de mediación del capitalismo es el dinero, que esconde las relaciones sociales de explotación, de dominación y de intercambio. Ellos mismos señalaron importantes estructuras emergentes de mediación en las luchas de las propias fábricas y a nivel nacional. La presencia creciente de “trabajadores de cuello blanco” y “el reclutamiento de cuadros entre las clases bajas” fueron hechos que reestructuraron la lucha de clases. En los países más industrializados y colonialistas surgieron fuertes movimientos de “trabajadores organizados” que lograron importantes derechos y concesiones laborales, sociales, políticas. El cambio fue mucho más allá de la presencia de una “aristocracia obrera” o de una política paternalista y mediatizadora de la burguesía.

Las grandes luchas de los trabajadores organizados condujeron a procesos de negociación y conciliación arbitrada, o concertada, que mediatizaron la “lucha de clase contra clase” en amplios espacios sociales. La corrupción y la cooptación, junto con la negociación, acompañaron esos cambios estructurales hasta hacer imposible analizar la lucha concreta de clases sin su inclusión.

Pero también entender el nuevo proceso resultó muy difícil.. El marxismo ortodoxo o revolucionario buscó anular la tendencia a las luchas negociadas. Empleó todo tipo de rechazos y recriminaciones. Al mismo tiempo el pensamiento

“revisionista” creyó encontrar en los conflictos y negociaciones sociales un nuevo desarrollo histórico que, en forma lineal y ascendente, acabaría con la dominación y la explotación del capitalismo. Aunque ambas tesis fueron superadas o disconfirmadas por la historia, los cambios estructurales de la lucha de clases correspondieron a un cambio innegable que tuvo impactos en el conjunto del sistema.

La lucha de clases negociada alteró el papel del Estado, no porque éste dejara de constituir un órgano de represión de la burguesía y de las empresas monopólicas que dominaban en las metrópolis y en las colonias, sino porque negociaciones y represiones alteraron el comportamiento de los trabajadores en unos “*sectores de clase*” (la expresión es de Marx) *con derecho a negociar entre represiones*, y otros “*sectores de clase*” *a los que sólo se respondía con políticas represivas y algunas mediaciones paternalistas o clientelistas*.

Los *sectores medios* de la clase obrera no sólo surgieron por debilidades, traiciones o intereses personales de los líderes, como llegó a pensarse. Surgieron por decisiones crecientes de los trabajadores de cuello azul o blanco y de sus intereses a la vez particulares y colectivos como “*sectores de clase*” en formación. El interés general de la clase obrera fue dividido en el interés particular de los *trabajadores proletarios* y los *trabajadores organizados*. La tendencia esperada a una creciente fuerza numérica y consciente del proletariado fue desestructurada.

El fenómeno de la aparición y desarrollo de los “sectores de clase” correspondió a *cooptaciones de colectividades* a las que se acordaron privilegios que se negaron a la mayoría de la clase trabajadora. Los “sectores de clase” dividieron a la “clase obrera” más de allá de las diferencias y divisiones que ya tenía desde antes, y que los historiadores han documentado. La *cooptación colectiva* adquirió una validez social y de *moral social por sectores*, característica del sistema. Su condición estructural, consustancial al capitalismo y al neocapitalismo, hizo ineludible la comprensión de *la negociación y la cooptación colectiva* para comprender la dialéctica de clases. De no incluir *la moral social de los sectores de clase* la lucha de clases era incomprensible y programada o rechazada en formas muy alejadas de lo concreto, con sus estructuras mediadas y mediatizadas.

El cargo de traición a los trabajadores que adherían a la nueva política socialdemócrata, se aplicó desde dos perspectivas: en una se aplicó a quienes habiendo sostenido posiciones revolucionarias adoptaban las reformistas, laboristas y negociadoras de prestaciones, salarios y derechos. En otra, el cargo se reservó a los líderes y grupos de líderes que debilitaban los logros de la *negociación social* para enriquecerse o promoverse a sí mismos y a sus clientelas, en las dobles luchas sindicales y políticas que adquirieron una creciente presencia en los estados socialdemócratas, laboristas y populistas.

El cambio en la lucha de clases se dio porque la maximización de utilidades tuvo que ser negociada. En medio de represiones y concesiones, los trabajadores y los pueblos (de las metrópolis primero, y de las periferias después), lograron

victorias muy alentadoras para *amplios* “sectores” de los mismos. Con el tiempo, los cambios no sólo se dieron en las metrópolis sino en las antiguas colonias, aunque el “sector” beneficiario en éstas fuera siempre inferior al de aquéllas en beneficios y beneficiarios.

Las *políticas con “sectores de clase”* ocurrieron en tanto que la negociación resultara aconsejable para las clases dominantes, dada la correlación de fuerzas considerada a nivel interno o internacional, y dada la posibilidad de equilibrar los aumentos de costos del “factor trabajo”. Esta posibilidad fue mayor en las metrópolis, tanto por el incremento tecnológico de la productividad como por la transferencia de excedentes favorable que caracteriza al comercio colonial o imperialista. Dentro de los límites para la maximización de utilidades aceptables por burguesías y oligarquías éstas tomaron decisiones variadas en las políticas de represión y negociación tanto en el interior como en el exterior de las naciones.

Las reestructuraciones de la lucha de clases negociada condujeron a una parte de los oprimidos y explotados, durante períodos más o menos largos, a aceptar las nuevas reglas del juego. Con ellas se sometieron –hasta sin pensarlo– a la lógica de dominación y acumulación del capital. Los sectores de la clase trabajadora y del pueblo, en los que se insertaron tanto las llamadas “clases medias” como los contingentes de las bases trabajadoras organizadas, “internalizaron” o hicieron suya, en ciertos períodos y regiones, la lucha del enfrentamiento y la negociación, del conflicto y el consenso.

La mediación como negociación y la represión negociada se convirtieron en elementos fundamentales para la “resolución de conflictos”. Los propios trabajadores aprendieron a *presionar para negociar* y en el juego muchos de ellos sufrieron presiones o represiones con la esperanza de ganar. Algunos “se vendieron” y otros perdieron la libertad y la vida. La negociación se volvió de todos modos la filosofía de la política sindical y partidaria del “mal menor”, en *amplios sectores de clase* de la sociedad capitalista. Se convirtió en el sentido común de los “frentes laborales”, de los “frentes populares” y de los “frentes antifascistas” o “antiimperialistas”. Llegó a ser, periódicamente, el modo de pensar y actuar más generalizado a partir de las ideologías o filosofías reformistas y hasta de las revolucionarias. Constituyó toda una ética de la política de los trabajadores organizados de la clase obrera y “los sectores medios” politizados. Reducirla a fenómenos de traición y corrupción llevó a no comprenderla como reestructuración de la lucha de clases. Aislarla de las luchas y negociaciones de colectividades organizadas impidió hacer una crítica de la cultura de la negociación en que la corrupción se instituye con costos que representan altos beneficios para los empresarios, y “muy aceptables” para sectores o líderes más o menos reducidos de trabajadores. La solución de los intereses personales o clientelistas –junto con la corrupción y la cooptación– se vuelven estructurales en los cargos de representación colectiva. Las victorias que se reducen a la solución de problemas más y más particulares aparecen por todas partes y presentan tendencias a las que sólo escapan

unos cuantos, en medio de crecientes mayorías a las que resulta particularmente difícil organizar para las luchas radicales. Las luchas negociadas no sólo contribuyeron a la incomprensión de la reestructuración de la lucha de clases sino indujeron a una crítica en que predominaban las acusaciones personales contra los representantes y dirigentes, sus allegados y auxiliares, o contra determinados patrones y gobernantes. Las posiciones revolucionarias subsistentes o emergentes se enfrentaron a mediaciones difíciles de vencer en amplios espacios y períodos sociales. Fueron objeto de grandes derrotas desde el siglo XIX hasta nuestros días y sólo pudieron vencerlas quienes con la destrucción de las mediaciones dominantes crearon las propias mediaciones con una política renovada de lucha contra la corrupción en el interior de los movimientos y organizaciones emancipadores.

La lógica generalizada de la negociación vivió crisis cíclicas o terminales de los “modelos” económicos, los “régimenes” políticos y los aparatos estatales. En ellas se dieron acres debates sobre el deber hacer y el hacer político, sobre “la mejor opción” o “la línea más adecuada”. Los debates en el interior de cada clase y de cada frente, se siguieron dando en el neoliberalismo a pesar de la crisis creciente de las negociaciones del “Estado Benefactor” o “Desarrollista”. Hasta hoy grandes contingentes insisten en continuar con las políticas de negociación, y quienes privilegian las respuestas violentas –defensivas u ofensivas—, o los que adelantan las pacíficas al margen de los aparatos y régimenes de mediación lo hacen a partir de los sectores que más sufren las políticas de “concesión-cero” del neoliberalismo de guerra.

Con la represión agudizada los Estados neoliberales no abandonan del todo las políticas de represión y negociación; pero al disminuir las concesiones sociales aumentan las corrupciones individuales de representantes, las de organizaciones criminales y laborales, y hasta las de pobres hambrientos a quienes tratan de ganarse con nuevas políticas de caridad y cooptación combinadas con las de represión y vejación, en que la caridad misma es una vejación y un modo de hacer que se menosprecien quienes la reciben.

Entre las clases dominantes, las políticas de la “concesión cero” no sólo se dan a la defensiva, esto es, cuando los gastos e inversiones sociales afectan la tasa de utilidades. También se dan a la ofensiva, esto es, cuando el capital, como ahora, cree tener más fuerza que antes y poder negar concesiones que antes otorgaba, y busca mejorar por la intimidación, la fuerza y la corrupción a quienes pretende despojar y someter a nuevas relaciones de poder, de intercambio y de acumulación. Al mismo tiempo, con la globalización neoliberal, el capital mantiene y renueva las estructuras de los sectores, ya sea con políticas de concesión todavía más diferenciadas por la creciente presencia de *los excluidos y los condenados de la tierra*; o con políticas de represión y de corrupción que implican ganancias mucho mayores para los propios grupos y líderes corrompidos. A unos se les amenaza con el infierno a otros se les compra y coopta para el ingreso al paraíso de los riquillos y hasta de los nuevos millonarios. En el neoliberalismo la estratificación las políticas

de movilidad social para abajo, con despojo de los bienes de producción de los pobres, con el desempleo y el atajo a los “sin papeles”, y con la represión legalizada y desatada contra la gentuza, la caída de quien alcanza a sobrevivir implica mayores dolores y costos para las víctimas, e incluso la amenaza a su sobrevivencia.

Represiones y corrupciones son legitimadas y legalizadas por los estados depredadores, con un estilo distinto al de los fascistas y los nazis. El nuevo estado autoritario y totalitario se parece más al de los presidentes-dictadores y las “burocracias militares” con gran experiencia en las políticas del terror y la democracia de los gobiernos panamericanos de América Latina, a las que se añaden nuevas políticas engañosas contra el narcotráfico, la corrupción y los derechos humanos, banderas que se quitan a la oposición en un Estado que hace suyo el pensamiento oficial y el pensamiento y el acto mismo de perseguir, condenar y castigar a delincuentes seleccionados y detestados por sus propios pueblos o por una parte de sus pueblos.

Si desde el siglo XIX un “sector” creciente de los trabajadores organizados de las metrópolis e incluso de algunos países periféricos logró participar en la estructuración y el control del “régimen” de gobierno, del “modelo” económico, e incluso en las estructuras del Estado Social y Nacional, a la hora del neoliberalismo la sujeción y pérdida de derechos de sus integrantes se logró con políticas de micro y macro represión y corrupción de que se encargaron y beneficiaron los mediadores políticos, sociales y gubernamentales. La cultura de la negociación siguió siendo, junto con la cooptación y la corrupción, un obstáculo estructural para las políticas anticapitalistas de la clase trabajadora y para la conciencia de la necesidad de las mismas. La clase trabajadora desestructurada no sólo se dividió por sus distintas estrategias y tácticas en los sectores de beneficiarios amenazados en sus derechos y prestaciones y los sectores crecientes de “marginados” y “excluidos” de los beneficios y derechos laborales, sociales o nacionales. Mientras los sectores de trabajadores institucionalmente organizados tendieron a defender los derechos alcanzados de que se les estaba privando los *sectores de los “excluidos” de los derechos de organización y de los ingresos mínimos indispensables para asegurar su existencia, mostraron a la vez síntomas de sometimiento autodestructivo y de rebelión emergente, sin que alcanzara a verse una sola tendencia, aunque fuera más de prever que los rebeldes aumentarían.* En todo caso sí se advirtió que la cultura de la negociación y la lógica del mal menor continuaron prevaleciendo en los sectores organizados, al menos durante un tiempo cuya duración es impredecible.

Hoy mismo, una parte importante de los trabajadores, por voluntad colectiva del sector, difiere o pospone las luchas anticapitalistas, y hasta encuentra eco en amplios sectores de “marginados y “excluidos”, que por represión, desestructuración, violencia gangsteril, violencia autodestructiva, terrorismo de bandas, pandillas y policías, narcotráfico al menudeo, y toda suerte de enajenaciones religiosas y laicas, antiguas y modernas, o postmodernas, tienden a

privilegiar las luchas internas entre las víctimas sin conciencia de los distintos sectores de clase.

Con mucha frecuencia la clase trabajadora aparece como impotente frente a los límites de sus organizaciones, de su conciencia, y de su voluntad para ganar una batalla anticapitalista que ha sido estructuralmente mediatizada y en la que no logra participar la inmensa mayoría de la humanidad. Las presiones de los más radicales o francamente rebeldes, de los “marginados” y “excluidos”, o de quienes están con ellos, tienden a salir del orden de lo legal y sus políticas de resistencia pacífica y negociada son criminalizadas, hechos que ocurren tanto en las naciones y regiones periféricas como en las metropolitanas.

En el neoliberalismo la propia lucha negociada de los trabajadores organizados se ve limitada por los grandes cambios estructurales. El Estado y los empresarios perfeccionan sus propias redes y organizaciones globales de dominación y acumulación y utilizan la creciente movilidad de que goza el capital, sin traba alguna para el uso más efectivo de la colonización mercantil-empresarial en escala, para el desarrollo tecnológico que ahorra empleo y para los monopolios integrados capaces de conservar la mayor parte del excedente agregado, a costa de los trabajadores super-explotados y de los empresarios más débiles. La globalización neoliberal no sólo se organiza sino organiza las políticas de desestructuración del Estado social o socialista, las de los Estados que habían alcanzado una relativa independencia desde principios del siglo XX, y las de los trabajadores con derechos sociales y laborales que hoy son “des-regulados”, derogados no sólo en los hechos sino en las formas. Uno de los más importantes recursos para lograr estos objetivos es la corrupción.

Aunque estos cambios parecerían igualar a los trabajadores proletarios y a los proletarizados, y aunque surgen nuevas contradicciones sin las mediaciones socialdemócratas y desarrollistas, en los hechos no acaban con las diferencias entre los trabajadores. En el Estado neoliberal se incrementan las diferencias en el interior de los *sectores de clase*. La clase dominante busca que la clase trabajadora vaya de bifurcación en bifurcación, lo que ocurriría si el sistema fuera sólo funcional y no tuviera una dialéctica en que aparecen nuevas sinergias y uniones antes insospechables. Las clases y sectores medios empobrecidos o conscientes de que van a seguirlo siendo en un futuro inmediato, contribuyen a crear nuevas organizaciones, que luchan con *otras ideas rebeldes, y otra ética de combate, fundadas en la memoria de las experiencias anteriores y en las formaciones e imaginaciones teórico-prácticas de una historia emergente*. Al reaparecer viejas categorías éstas son redefinidas y releídas más que para interpretar el mundo con ellas, para interpretar a las categorías con el mundo, y con un pensar-hacer que privilegia a la vez la memoria de las experiencias históricas y la forma de alcanzar en las palabras y los hechos los ideales de la democracia, la liberación y el socialismo. El nuevo planteamiento implica luchar contra la corrupción y la cooptación y por una serie de valores relacionados con la libertad y la justicia que

fueron abandonados o traicionados en luchas anteriores. La negociación sólo se vuelve aceptable si mantiene la dignidad, la autonomía y la identidad de los rebeldes.

Si como contrapartida, la propia “clase media” es crecientemente dividida y diferenciada mediante políticas de altos salarios a los jefes o directores y de depauperación de gran número de empleados, técnicos, profesionales y estudiantes, esa bifurcación tiende a romper a los propios sectores medios en aburguesados y excluidos, aquellos sin la necesidad de organizarse y éstos a los que está prohibido organizarse y a los que se criminaliza y persigue por todos los medios, proceso en el que aparecen los “duros” que resisten por convicción o por furia cualquier intento de intimidación, cooptación o corrupción. Además, si las articulaciones de las empresas monopólicas integradas en transnacionales y complejos permiten a sus gerentes y propietarios aplicar políticas diferenciales de salarios y prestaciones entre los trabajadores de la misma especialidad y eficiencia contratados de las unidades centrales y metropolitanas, mientras a los trabajadores de las asociadas y dependientes les conceden menos ingresos y prestaciones, y a los trabajadores forzados por el hambre les ofrecen salarios y empleos que no se les quitan, las concesiones miserables se dan entre grandes represiones de que son víctimas. Las políticas del terrorismo de Estado comprenden a unas y otras, conforme los propios trabajadores más o menos privilegiados ven también cómo se amenaza su futuro y el de sus propios hijos.

Durante un tiempo indefinido (aunque históricamente muy breve por lo que se ve) el control de pueblos y trabajadores parece aumentar con opciones cada vez más amenazadoras para quienes no se someten e integran al sistema, y que advierten en la amenaza de desempleo y de formar parte de la inmensa población “desechable” un peligro aterrador, al que se añaden todo tipo de intimidaciones físicas y psicológicas que en nombre de la libertad y la democracia libran los gobiernos metropolitanos, sus asociados y subordinados. Así al mismo tiempo, en todos los espacios del sistema, se reducen las concesiones de la cooptación y corrupción de individuos, clientelas y sectores de sectores, y muestra una cara todavía más autoritaria y totalitaria un Moloch autodestructivo más peligroso que cualquiera del pasado por su inmensa capacidad tecnológica para el terror y la muerte.

El gran cambio adquiere un carácter mundial con la organización articulada en sistemas auto-regulados y adaptativos al servicio de los complejos militares-empresariales y sus redes de asociados y subordinados. A todos los niveles, desde los micro hasta los macro, la corrupción y la cooptación sirven de cemento macroeconómico y macropolítico para la estructuración, desestructuración y reestructuración de la lucha de clases negociada y reprimida, anulada en formas sistémicas. Es más, corrupción y cooptación se convierten en una nueva política mundialmente organizada con fuerte influencia de las lógicas que se basan en los sistemas auto-regulados de los grandes complejos militares empresariales y de las empresas transnacionales integradas. Sólo que en la nueva política social y global,

descubiertos por sus propios autores, se dan síntomas cada vez más claros de un creciente desequilibrio entre la sociedad humana y la vida terrestre, y entre los bloques imperialistas que por razones geopolíticas y de apropiación y explotación del planeta, o de la lucha por mercados parecen poner en crisis a un super-imperialismo que pareció mucho más viable y duradero que cualquiera de los anteriores y que tal vez sea el más efímero, con la amenaza de que termine con una catástrofe nuclear, producto de las armas proliferadas y proliferantes más que del supuesto “espíritu catastrofista”, de los miles de trabajadores científicos que la anuncian en sus más rigurosos estudios.

La lucha de clases negociada no se puede entender si sólo se destaca su carácter funcional e instrumental para la continuación del modo de dominación y explotación capitalista. Su comprensión requiere profundizar en el propio sentido dialéctico y contradictorio de las políticas de mediación y mediatización de un capitalismo organizado. Sólomente incluyendo la dialéctica de las organizaciones se esclarece hasta qué punto la lucha de clases negociada implica dar tanto la lucha contra las mediaciones del sistema como la que se libra por la construcción de las propias mediaciones.

En ambos casos, en la destrucción de las mediaciones dominantes y en la construcción de las mediaciones alternativas y antisistémicas, el problema de la corrupción y el problema de la cooptación adquieren un carácter concreto universal. La articulación del capitalismo organizado y de la lucha de clases negociada, combina la “historia universal del colonialismo” con la del nazismo y con el neoliberalismo globalizador de los mercaderes armados y terroristas, imperialistas y “demócratas” que imponen la libertad de los mercados para el gran capital y la articulan con la lucha de clases depredadora, exterminadora de poblaciones enteras –recuérdense las Hiroshimas–, capaz de una renovada política de corrupción y de cooptación a nivel global, y al mismo tiempo incapaz de detener su propia corrupción terminal, en el sentido clásico de la palabra, como corrupción y muerte de un organismo, en este caso de un modo de dominación y acumulación que se destruye destruyendo su interior y su entorno.

El capitalismo se ha organizado como imperialismo global, no sólo mediante la negociación con las grandes potencias y monopolios sino mediante la asimilación y cooptación de élites, y la *corrupción y colusión* con élites. Así ha estructurado el poder interno e internacional de arriba abajo, y desde lo micro de las negociaciones con las oligarquías y funcionarios hasta lo macro de las naciones, de las redes y complejos multinacionales y transnacionales; desde lo micro de los caciques y mandones de pueblos y haciendas, o las mafias de las ciudades, hasta lo macro de los generales o civiles dictadores, presidentes y “jefes de estado” con sus “castas divinas” y sus “nuevos ricos”, con lazos de asociación y dependencia de los complejos militares-empresariales que integran a la vez capitalismo e imperialismo. La red imperialista que domina las políticas globalizadoras no corresponde ni a un imperialismo hegemónico mundial, ni a dos o más que se enfrenten abiertamente

desde ahora, ni a una asociación de imperialismos que vaya a manejar con una racionalidad mínima los problemas del globo para su propia sobrevivencia. En la actualidad las más distintas redes de poder imperialistas y capitalistas se perfilan con sus modos o estilos varios de articular el poder y la acumulación. Pero entre ellas no cabe duda que el capitalismo ejemplar de la globalización es el que parte de Washington y Estados Unidos de Norteamérica. Eso se debe en gran parte a que Washington domina las políticas del Banco Mundial y el Fondo Monetario internacional y los modelos que éstos imponen a la política neoliberal globalizadora. Se debe también a que en Estados Unidos, los movimientos socialdemócratas y el “Estado Benefactor” nunca alcanzaron el peso que tienen en otras potencias, y que su derrota se convirtió en un modo ejemplar de explotación, discriminación, exclusión, privatización para quienes buscan acabar con el “sector público”, “social” o “nacional” de la economía, y librar de todo freno u obstáculo al capital que domina y explota a pueblos y trabajadores, mientras logra al mismo tiempo altos niveles de eficiencia tecnocientífica en sus organizaciones y medios de producción, con un régimen político que alcanza a presentarse como ideal para toda la humanidad y que al mismo tiempo es el que más efectivamente vincula el capitalismo organizado y el crimen organizado, así como el falso ideal de una democracia, una libertad y unos derechos humanos cuidadosamente vinculados con las operaciones abiertas y encubiertas de saqueo, represión y genocidio. Si otros países, entre los que destaca China, logran los mismos objetivos con la intervención autoritaria y totalitaria del Estado, su conducta está muy lejos de ser ejemplar para las burguesías del mundo entero, al menos hasta ahora. Por todo eso cuando aquí nos referimos al “modelo” de la globalización neoliberal, implícita o explícitamente tenemos en mente a Estados Unidos, por el carácter paradigmático y atractivo que muestra entre quienes se proponen alcanzar el capitalismo más eficaz para controlar la lucha de clases y más competitivo para combinar la acumulación absoluta y relativa de plusvalía.

El aparato de dominación y acumulación del capitalismo mundial es impresionante. Sus políticas neoliberales y globalizadoras de macro-saqueo son en verdad eficientes. Corresponden a políticas que se ocultan con eufemismos tecnocientíficos y económicos, en que los grupos de poder se encubren con argumentos cosificadores. Los principales autores de la dominación y el saqueo desaparecen por la vía legal—ilegal de la privatización y la desnacionalización de territorios, de recursos energéticos, y de empresas estatales o paraestatales, de empobrecimiento de trabajadores y campesinos, y de pueblos enteros cuya pobreza y malvivir se atribuyen a las impericias y debilidades culturales y naturales de las víctimas. El ocultamiento llega más lejos: corresponde a una información sobre las actividades criminales que las separa de las empresariales y políticas, y que cuando las vincula a éstas las presenta a modo de males que la sociedad padece y que gobernantes y empresarios se ocupan en perseguir. En todo caso el crimen organizado y el capitalismo organizado no aparecen como característicos del

sistema y de las moléculas que lo componen. En su conformación molecular como escribe Mark H. Moore “el crimen organizado debería ser considerado como una empresa que hace negocios a fin de obtener utilidades con un portafolio (o responsabilidad) que implica actividades empresariales tanto ilícitas como lícitas y que constituye una amenaza muy grave para la sociedad” (Moore, 1987). Las distintas formaciones de poder tienen las mismas características en el capitalismo organizado. Si no se les considera no se entiende ni la lucha de clases en el capitalismo organizado, ni el crimen organizado y sus inmensas redes en el conjunto del sistema de dominación y acumulación. Ya lo dijo con indudable ironía Robert Merton: “Quienes sostienen a la maquinaria política son tanto “respetables” elementos de la clase de los empresarios, opuestos desde luego a los criminales y extorsionistas (“racketeer”), como elementos no respetables del bajo mundo”. (Merton, 1967. p. 132). El compuesto de unos y otros aparece en el Estado, a nivel molecular y a nivel global, aunque no se perciba claramente por sus partidarios ni por sus críticos.

El ocultamiento de los problemas de los demás implica el ocultamiento de los problemas propios y de los problemas de todos. Para descubrir los vínculos del capitalismo organizado y del crimen organizado no basta con revelar las características generales del modo de dominación y acumulación capitalista. Es ineludible ver con lupa cómo se ocultan las relaciones de explotación y represión, de intercambio injusto o inequitativo, y de corrupción generalizada, y cómo se insertan en un todo las categorías consideradas legales o ilegales. El primer paso a dar consiste en la descosificación de los ocultamientos de las relaciones sociales que implican las políticas neoliberales y capitalistas, y en precisar los vínculos de los complejos empresariales, militares y criminales cuyas organizaciones integradas, “abiertas” y “encubiertas”, dominan el mundo. A “la vuelta” o regreso del verdadero actor, con el proletariado como empobrecido o excluido, o insurgente, hay que añadir el regreso del verdadero actor en las clases dominantes y sus organizaciones políticas, diplomáticas, financieras, militares y paramilitares, con grupos especializados de “agentes” que tienen el derecho de matar y, además, el de corromper y despojar, el de destruir y eliminar a poblaciones enteras. Sólo así se comprenderá, con la crisis de las mediaciones del sistema, la necesidad de crear las mediaciones morales, políticas y de defensa personal y colectiva de las fuerzas alternativas. El clamor creciente por la organización micro y macro política, presencial y a distancia, de una alternativa pacífica es perfectamente válido; pero en todo planteamiento requiere tomar en cuenta el compuesto global del capitalismo organizado y el crimen organizado con los que el imperialismo global aplica la corrupción y el terror.

La razón instrumental globalizadora sería impracticable sin el recurso macroeconómico a la corrupción y sin el recurso macropolítico a las mafias articuladas a los policías, los militares y paramilitares, los gobernantes, los banqueros, y las élites y oligarquías más poderosas del planeta. En la metamorfosis

de lo criminal en legal e institucional destacan hoy el *lavado de dinero* que es obtenido ilegalmente, pero tras el que se esconde otro menos percibido. El lavado de los delincuentes que ya son parte de las clases dominantes o que se integran a ellas. A los grandes delincuentes que se vuelven aristócratas desde que los reyes daban la bienvenida a los burgueses—hoy se les otorga carta de limpieza de sangre empresarial de mil maneras. Su éxito se atribuye a la pericia o talento que han mostrado en los negocios, a su eficiencia tecnocientífica, a la cultura práctica de que están dotados que no todo el mundo tiene. Unos, son identificados incluso como una nueva clase de “millonarios”, otros como herederos de una “aristocracia de negociantes”, (“business aristocracy”); o que vienen de la “aristocracia nacida en el Sur” (“South Born Aristocracy”), o cuyos padres de familia estudiaron en Harvard, Standford y demás universidades que ennoblecen; o cuyo nombre aparece en el *Social Register*, la revista de “los señores del dinero”; o cuyos antepasados vinieron en el “May Flower”. Otros cambian de vida y figura mediante el auxilio de los expertos en “*public relations*”, como el viejo Rockefeller que de ser conocido como el “pirata Rockefeller”, cambió su imagen por la de un buen anciano amante de los niños y los perros. De todos ellos y de sus antepasados se dice que actúan con apego a “las leyes de la economía”, que los neoclásicos, neoliberales y neoconservadores presentan a la manera newtoniana como las “leyes del mercado libre” y que ellos apoyan responsablemente con “el equilibrio financiero”, y “la disminución del gasto público para el buen manejo presupuestal”. En la vida cotidiana y “los medios” se olvida la verdadera historia de sus riquezas y de su poder, y se echa tierra a sus antecedentes delictuosos, criminales y corrompidos, de los que hablar, hasta en su ausencia, sería de mal gusto. El engaño compartido opera—por sentido común— al hacer tratos y negocios con ellos y desentenderse por completo de los vínculos que guardan con el crimen organizado a su servicio.

La legitimación de los crímenes millonarios llega a dar un carácter legal a lo que era criminal; aumenta los márgenes de legalidad de lo que antes era considerado criminal. Durante el neoliberalismo el Ejecutivo y los órdenes legislativos y judiciales hacen un acto de magia por el que crean las figuras de los crímenes discriminalizados y la práctica legal por la que se exime de toda culpa a quienes antes eran juzgados como delincuentes.

Neoliberalismo, globalización y contrarrevolución monetarista son altamente favorables a las grandes empresas y a las grandes potencias. Todas las políticas de saqueo y pillaje son presentadas como un nuevo “laissez faire” haciéndolas pasar por leyes deterministas, naturales e inviolables que es necesario obedecer si se quiere tener éxito en la economía, la sociedad, la cultura, la política. Eso se dice mientras en realidad los complejos y redes empresariales intervienen en toda la organización del proceso, manejando modelos de sistemas auto-regulados y adaptativos puestos a su servicio: el *non plus ultra* de las ciencias de la comunicación, la información, y la organización.

La “formación de capital” descansa más en la corrupción legalizada que practican las altas esferas de los negocios y los gobiernos a nivel nacional y mundial, que en la considerada por ellos mismos “ilegal” o “criminal”. A ésta ellos mismos se encargan de no incriminar, de des-criminalizar y hasta de legitimar cuando así les conviene.

La corrupción legalizada y ocultada por todos los medios se da en el gobierno, en la política, y en las contiendas electorales de la democracia de mercado. Empresarios, políticos y gobernantes legalmente, democráticamente, cada vez corrompen más al conjunto del organismo estatal y social, y de los medios que les sirven para relacionarse con los trabajadores y los pueblos, para mediar y mediatizar sus demandas. Si el gobierno inglés de la época victoriana, como afirma John Girling, se ocupó de formar un servicio civil con una moral irreprochable que le ganó fama mundial, el actual gobierno inglés y los de otras potencias aplican pragmáticamente la moral entre sus subordinados, y mientras a unos les exigen altos niveles de disciplina y honradez en el manejo de sus intereses, organizan a otros con derecho a cometer todo tipo de crímenes, incluso el de la tortura o el genocidio, cada vez que consideran necesaria la apropiación violenta de riquezas y territorios, la eliminación física de personas y de colectividades, y la difusión del “miedo a la libertad”. En cuanto a la corrupción de la democracia en las elecciones y el gobierno, es tan constante y de tal magnitud que como mediación pierde más y más su capacidad mediatizadora. Se autodestruye.

La corrupción legal de la democracia de mercado, así como la corrupción de los gobiernos democráticos y parlamentarios es un instrumento fundamental para la toma de decisiones del liberalismo de guerra. El funcionamiento legal de la política de “lobbies” y de “concertaciones” corresponde a una corrupción institucional de los legisladores como representantes de la ciudadanía, hecho al que no se le da la menor importancia. La pérdida de legitimidad de los legisladores y del Poder Legislativo es mientras tanto creciente.

La comercialización de la política, la transformación de los candidatos en mercancías que se anuncian, la reducción de la oposición legal a “grupos de presión” de una llamada “izquierda moderna”; los altos y escandalosos sueldos de diputados, senadores, jueces de la Suprema Corte de Justicia y funcionarios públicos, corresponden a la privatización de los representantes populares y de los Tres Poderes de la Nación, fenómeno que reaparece a nivel mundial con los altos funcionarios de unas Naciones Unidas cada vez más debilitadas y de una Banca Mundial y un Fondo Monetario Internacional, que son los verdaderos *soberanos* de las políticas nacionales e internacionales bajo el predominio del “complejo militar-empresarial de Washington” y de otros complejos de potencias y naciones asociados y subordinados, o abiertamente sometidos. Los sistemas políticos, como mediaciones, se adquieren con creciente desprestigio e ineficiencia y la ciudadanía tiende a alejarse y abstenerse de participar en ellos.

Al mismo tiempo, con muchos otros recursos, la corrupción es un arma particularmente útil para establecer vínculos de poder y redes de transferencia de la plusvalía a cargo de los ciudadanos, de los trabajadores y de los pueblos. Se trata de una red de redes y complejos en que se articulan –a distintos niveles–, delegados, representantes y líderes de la ciudadanía, del proletariado, y de las naciones o comunidades. La corrupción sirve para desarmar en formas amistosas a los enemigos actuales y potenciales más peligrosos, y para castigar a los socios y agentes que traicionan a los poderosos. La corrupción sirve para domesticar a los líderes de los movimientos que pretenden crear una alternativa sistémica o antisistémica. La corrupción, lavada o legalizada, sirve para cooptar a nuevos miembros de los clubs y las asociaciones, de los gobiernos y las empresas transnacionalizados. Los gobiernos “democráticos” en que creyó una parte del mundo tras la caída del muro de Berlín, operan cada vez más como simples instrumentos de la opresión, la explotación, el saqueo y el terror. Su simbiosis con el crimen organizado y con los gobernantes millonarios de “América” es percibida, de una manera muy vaga y aleatoria.

La crisis del neoliberalismo para resolver los problemas de los ciudadanos, de los trabajadores y de los pueblos lleva a que con “la política de la zanahoria y el garrote” se use cada vez más “el garrote” sin dejar de usar “la zanahoria”. También lleva a la crisis de la guerra contra los pobres y de la guerra entre los ricos. Pero ningún peligro, por autodestructivo que sea, detiene a las dirigencias del imperio colegiado, y menos a su cabeza principal, el gobierno de Estados Unidos. El complejo militar-empresarial dominante no sólo se siente preparado para enfrentar cualquier guerra y para tener éxito en sus políticas de “disuasión”, sino continúa con sus políticas de expansión geográfica y ecológica, informática y social, cultural y gubernamental, y con los altos derroches de la “sociedad de consumo” en medio de una miseria mundial aberrante en que “la ayuda humanitaria” tiene proporciones minúsculas. No satisfecho con la inmensa acumulación alcanzada piensa en la institucionalización del mundo como un sistema autorregulado al estilo americano (“the american way”). Sus ideólogos proponen que se haga más de lo que se está haciendo; pero a la manera de un sistema autorregulado y creador. En las mentes tecnocráticas lúcidas y serviles, aparece la idea de integrar un todo constitutivo del Estado-empresarial que sustituya al Estado Nación. Modelan un mundo manejado por las grandes compañías.

El neoliberalismo globalizador lleva su política a las últimas consecuencias. Para acabar con la corrupción de los funcionarios públicos convierte al Estado en instrumento privado. De por sí y con el auxilio de los expertos tiende a privatizar todas las actividades del Estado, la sociedad, la cultura y la economía, y a privatizarlas en función de las megaempresas y de los complejos militares-empresariales de las grandes potencias. El neoinstitucionalismo a que da lugar preconiza abiertamente la reestructuración tecnocientífica del Estado al servicio del

capital. Corresponde a una teoría de lo que ya se está haciendo como lo que se debe hacer.

Los “neoinstitucionalistas” proponen la reestructuración del Estado y las instituciones para “garantizar las propiedades privadas”, para “protegerlas de los riesgos políticos”, “para hacer efectivos los derechos de patente”, para estructurar y hacer funcionar todo el aparato estatal, social y educativo, a fin de que “aumente la tasa de ganancias del capital físico”. Se debe hacer más y mejor de lo mismo: imponer una política de “seguridad nacional”, de “contención” o “prevención”, para que articule reguladamente la defensa y lucha por “los intereses de las grandes compañías” con la defensa y lucha por la libertad y la democracia, por los derechos humanos, “contra la pobreza” y contra “la corrupción” y, sobre todo, por “la maximización de utilidades”, expresión ésta que literalmente emplean y que también hacen suya.

Los neoinstitucionalistas no descubren nada nuevo. Sistematizan en un todo, las teorías y prácticas neoconservadoras del Estado y de sus aparatos de represión y corrupción. Modelizan, abiertamente, un sistema autorregulado “para la maximización de utilidades”. En lo que concierne a la corrupción del Estado y otros objetivos del “Consenso de Washington”, encuentran como su mejor solución acabar del todo con las estructuras del Estado que no sean funcionales a la maximización de riquezas y utilidades, y que todavía queden después de las reformas neoliberales. El estado, sistemáticamente funcional a las empresas hará, por razones institucionales y funcionales, lo que los empresarios y gerentes le ordenen. Estos no tendrán necesidad de sobornos y cohechos que antes debían encubrir como si fueran culpables o porque eran considerados legalmente culpables.

En el terreno operativo la principal aportación de los neoinstitucionalistas consiste en llevar al nuevo marco Constitucional la articulación de las “maquinarias políticas” que aparecieron en Estados Unidos desde el siglo XIX y que desde entonces vienen afinando la oculta unión del crimen organizado, del gobierno organizado, y de “los negocios” en esfuerzos de legitimación que derivan hoy en las nuevas políticas expansionistas y globalizadoras de Estados Unidos para la construcción de una red de complejos militares-empresariales, de clases políticas, y de sistemas de control de “multitudes” y trabajadores que funcionen a su imagen y semejanza.

Los neoinstitucionalistas se inscriben en el clima ideológico de la optimización de decisiones. El Estado Nación puede quedar como un instrumento necesario para las represiones, mediaciones y negociaciones políticas y militares. El Estado social puede seguir, ya mutilado, en tanto asigne recursos mínimos a unos cuantos “pobres” y “pobrólogos” a fin de mediatizar sus demandas con actos de generosidad que no creen derechos, y cuyo bajo costo sea útil para mantener las ilusiones entre los demás pobres, y para ayudar a que los grandes despliegues publicitarios se combinen con actos admirables de generosidad de los ricos e inmensamente ricos. Pero la mayoría de las actividades sociales quedarán a cargo

de organizaciones no gubernamentales, quienes actuarán bajo su responsabilidad, con facilidades para que se corrompan sus encargados humanitarios y queden al descubierto sus verdaderas intenciones, que son las que en realidad esconden demagogos y santones, aunque a veces no lo sepan. Si a causa de la ineficiencia gubernamental y de la sociedad civil, la política de ayuda a la pobreza entra en crisis por sus propias limitaciones naturales, y si hasta en ella se mete la corrupción, eso no importa gran cosa a los que mandan, habituados a no pensar en las catástrofes a que sus políticas necesariamente conducen y que sólo atribuyen a problemas psicológicos o a creencias erradas de quienes las señalan.

En el orden de la terminología y las definiciones, el neoinstitucionalismo corresponde al más alto nivel de enajenación que ha alcanzado una economía de saqueo y pillaje, de corrupción y criminalidad, característica de un Mercado y un Estado cuyos “mercaderes” y “mandones” ocultan asimismos su doble personalidad con verdades a medias y con definiciones y redefiniciones mutantes en las palabras y los hechos. La mutación de los actores corresponde en este caso al procedimiento legislativo, constitutivo, por el cual las relaciones criminales e ilegales, se transforman en institucionales.

La política para acabar con la corrupción de los funcionarios públicos consiste en convertir al Estado y las redes de poder que lo enlazan en instrumentos constitucionales, encargados de abatir costos y aumentar utilidades y riquezas para los complejos empresariales-militares que dominan. Corresponde a un intento de transformar a los autores de la “acumulación original” en responsables de la “acumulación ampliada y permanente”, hecho que se ha repetido a lo largo de los siglos y que hoy ya no queda a cargo de los “empresarios armados”, sino de los complejos--militares empresariales con sus varias simbiosis de las antiguas clases dominantes y los “maffiosi” lavados y sin lavar.

El neoinstitucionalismo no se limita a aumentar los derechos de quienes están por encima de los gobernantes, legisladores o jueces, o durante ciertos momentos de su vida juegan esos papeles. A fin de que los altos funcionarios del nuevo Estado institucional no se corrompan, generalizan la política de concederles salarios muy altos, incomparablemente superiores a los de los empleados de base. La política de salarios e ingresos muy altos se propone para los cargos de máxima responsabilidad en el Ejecutivo, para los senadores y diputados en el Congreso, para los Jueces en la Suprema Corte de Justicia. Ninguno de ellos tiene que corromperse si desea ser varias veces millonario. De considerar insuficientes sus ingresos puede enriquecerse también en el terreno de los “negocios”. Allí encuentra un amplísimo margen para acciones legales. Además en el terreno de la represión puede actuar en sus funciones y fuera de ellas para realizar acciones múltiples que antes eran ilegales y violatorias de los derechos humanos y las garantías individuales. Uno y otras se esfuman y hasta desaparecen formal e informalmente a sabiendas de que su desaparición provoca múltiples protestas a las que se ponen oídos sordos, o a cuyos autores se criminaliza con base en la legislación y la lógica de “la seguridad

nacional”. Así, con las reformas a la legislación militar y policial, los funcionarios seguirán realizando todo tipo de medidas legales –incluida la tortura televisada— que tendrán pleno derecho a practicar en las guerras internas y externas, antiterroristas. Verdugos y torturadores son públicamente fotografiados y filmados, sin que el gobierno se vea obligado a atribuir fotografías y “vídeos” a intruso alguno. En la práctica el ciudadano tendrá derecho a ser informado sobre lo que le pasa a quienes amenazan su seguridad.

Por supuesto la definición de lo legítimo y lo ilegítimo, de lo legal y lo criminal queda constitucionalmente a cargo de los legisladores y jueces del estado neoinstitucional. Como en otros casos, la innovación consiste en legalizar lo que en el actual neoliberalismo todavía queda en el orden de lo ilegal y lo ilegítimo. Dentro de lo legal e incluso de lo respetable, se encuentran las medidas que toman los procuradores de justicia en las negociaciones de las penas con delincuentes y criminales, o en las legislaciones sobre la propiedad pública que se privatiza y en la cual se llega a incluir el llamado IV Poder y los medios de comunicación masiva; o en materia de políticas fiscales que tienden a enriquecer a los más ricos y a aumentar los impuestos de los más pobres, o en la distribución del presupuesto de egresos, con inversiones en infraestructura y gastos en servicios que se reorientan a las necesidades de las megaempresas en materia de comunicaciones, transportes, electricidad, agua, centros de recreación, etc. La diferencia principal con el estado anterior es que mucho de lo que se hacía en forma reservada, oculta, informal, desarticulada, ilegal, se realiza en forma transparente, institucional, instrumental, sistémica. El proyecto de conjunto consiste en privatizar la totalidad del “sector público”, sin que los expertos y quienes los apoyan alcancen a ver siempre la crisis que un *estado-empresa* significa desde el punto de vista de las mediaciones y la forma en que el reino de los intereses particulares sin mediación deriva más directamente en situaciones próximas al caos, o caóticas.

La transformación de los Estados-Nación en Estados-Empresa utiliza otro proceso de metamorfosis de términos y conceptos. A la política de altos sueldos que asegura la honestidad y transparencia de los funcionarios y representantes neoinstitucionales frente a sus superiores en clase y poder, se añade la de cooptación de generales, políticos, líderes que se vuelven empresarios. Integrada “la clase política” de altos sueldos, e integrada la gerencia y dirección de las megampresas, lo que antes caía en el orden de la corrupción deja de ser corrupción y quien era criminal y andaba en busca de apoyos del Estado se vuelve parte del Estado. Y ya como parte de ese Estado, generales, policías, y fuerzas de seguridad pueden legalmente promover empresas civiles y militares, financieras y mercantiles, con medidas oficiales abiertas, que antes eran encubiertas. Al mismo tiempo se legalizan los crímenes en tanto no violen las reglas del estado neoinstitucional, del complejo militar-empresarial y no violen las prácticas legalizadas de las relaciones con los “racketeers” y los “mafiossi” y guarden el debido respeto a la “business class”, por demás respetable.

El neoinstitucionalismo integral tiene otro logro. Al supeditar y articular el estado al mercado, elimina los sobornos destinados a violar leyes y reglamentos; acaba con sobornos y cohechos para hacer planes y programas, para acordar concesiones y exenciones. A ningún funcionario se le soborna o cohecha; a todos se les manda, y con todos se manda (y obedece) de acuerdo con las jerarquías reales y formales establecidas.

El neoinstitucionalismo legaliza constitucionalmente tareas igualmente importantes en la reestructuración y funcionamiento de lo que antes eran responsabilidades públicas como la información, la educación, o la salud, para no citar sino unas cuantas. En función de los “intereses y valores” del Estado neoinstitucional, en el que priva el economicismo, característico de sus clásicos desde Adam Smith, se transfieren crecientes tareas militares, de comunicación e información, de educación, de salud a los complejos de las megaempresas y sus redes. En cuanto a las actividades sociales que quedan a cargo del Gobierno Adelgazado se practican en términos cuantitativos y cualitativos tomando en cuenta la distribución satisfactoria de recursos cada vez más escasos: Por lo demás, al gobierno se le ajusta en lo que se refiere a sus nuevos objetivos de colaborar para una mayor eficacia del sistema en la seguridad de las fuerzas dominantes.

Todo cambia incluso mentalmente. Es otro concepto de la República, del sector público, de la función pública, del ejército nacional, de la educación nacional, de la salubridad pública, de la libertad de expresión y de comunicación en el espacio nacional... Como apunta Amitai Etzioni, la dominación del sector público por el sector social hacía prácticamente “imposible al gobierno servir objetivos comunes como el de “seguridad nacional”, o satisfacer intereses públicos como del de desarrollo económico, baja inflación y desempleo...” (op.cit.135) Si antes ofrecía hacerlo y no cumplía por lo menos la gente le creía: hoy al seguirlo ofreciendo y no creerle, usa más y más la “fuerza bruta” sin que por ello deje de usar todos los recursos retóricos y publicitarios que en las crisis de regímenes parecidos han siempre llevado a grandes represiones individuales y colectivas.

El neoinstitucionalismo no descuida sus tareas legitimadoras; sólo que, para una mayor “eficacia” y “excelencia”, también las privatiza. Ya no tiene que sobornar a periodistas, locutores y teleproductores. Como personal del *Estado-empresa* todos están a sueldo para lo que mande, al igual que los representantes populares, los fiscales, los jueces y los policías. ¿Quiere esto decir que el neoinstitucionalismo no deja un espacio a la democracia y a la libertad, a la soberanía de los pueblos y a la libre determinación de las naciones, a los partidos políticos, a los sindicatos y las asociaciones cívicas? Por el contrario, el *Estado-empresa* deja espacios funcionales a las protestas, a las demandas, a las manifestaciones, a las críticas. Y no soborna ni integra a quienes no son sobornables ni integrables. Los tolera, siempre que acepten manifestarse con protestas y juicios adversos sin que el Estado neoinstitucional les haga ningún caso, o, a lo sumo, adopte algunas sugerencias de que se retroalimente para reducirlas a acciones

sociales y humanitarias que en nada cambien sus políticas de acumulación y depredación. En cualquier caso, las respuestas se dan para legitimar, como democracia, a gobiernos autoritarios y dictatoriales en el logro de los objetivos fundamentales de un Estado hecho para la maximización de utilidades. Las decisiones también se toman en consideración a cálculos de “power policy” que no se vea afectada la continuidad del *Estado-empresa* neoinstitucional. Esos cálculos pueden prevalecer por un sentido “práctico”, y en el caso de las respuestas violentas van siempre acompañados de ofertas de negociaciones que impliquen “cero concesión” estratégica en el proyecto de maximización de riquezas y utilidades.

En el Estado neoinstitucional la terminología y el concepto de corrupción corresponden a una ideología constitucionalista. No sólo obedecen a una técnica que se proponga sacar del orden de lo criminal el uso del Estado para el saqueo legalizado en beneficio de los complejos empresariales y militares dominantes. También es una técnica para acusar y sancionar a quienes traicionan a las empresas y su Estado, o a quienes cometen tal número de tropelías que sacrificarlos y sancionarlos –en medio de escándalos financieros que conmueven a la alta sociedad– resulta más beneficioso que empeñarse en protegerlos. La lucha por los derechos humanos, contra el narcotráfico y contra la corrupción refuerzan parecidas funciones: legitimar al Estado privatizado por su continuo empeño en “defender una constitución, un país y un destino”, que lleva al triunfo de “la Civilización Occidental”.

El problema que los neoconservadores y los neoinstitucionalistas no ven, es que hay una crisis incontenible de las mediaciones y de las mentiras. La crisis se da tanto en la guerra contra los pobres como en la política de alianzas entre los miembros del imperio global y colectivo. Es una crisis del terror que el Estado Global impone y que ya no sirve para dominar en un imperio colectivo cuyos miembros sólo se sientan amenazados por sus súbditos. Los integrantes del Estado Global también se sienten cada vez más amenazados entre sí. Y a sus temores y fobias, cada vez más incontenibles se añaden las renovadas luchas entre las grandes potencias para repartirse los mercados y las zonas de influencia, mientras crecen como hongos (o en formas “no lineales”) otras fuerzas opositoras todavía más ninguneadas e inexorables como las que se dan por las contradicciones incontrolables entre la automatización del trabajo y la sobreproducción, o entre el crecimiento de la producción y el de una inmensa población mundial sin poder de compra, y que difícilmente va a recuperar los medios de producción o a encontrar el codiciado empleo formal o informal, local o metropolitano. La necesidad histórica de la crisis del sistema acumulación basado en la maximización de utilidades y en la “ley del valor” parece inevitable, hágase lo que se haga. También la del sistema de dominación que la acompaña.

La contradicción entre las relaciones de dominación y de explotación disminuye el poder de las mediaciones y represiones actuales. No necesariamente anula la posibilidad de que se rehagan. Aumenta la posibilidad de que den paso a un

período de transición a la crisis y el caos. No asegura la creación y construcción de un sistema alternativo de acumulación, dominación y mediación a la vez postcapitalista y emancipador de la especie humana. La hace posible; pero también hace posible un ecocidio o tiranicidio global, orwelliano. Sobre las probabilidades de una y otro existe el apremio de pensar y construir ese otro mundo posible, emancipador, que sólo puede ser anticapitalista, o no ser.

La emancipación del sistema actual, plantea la emancipación de las mediaciones y represiones del sistema capitalista. La emancipación humana plantea además, la construcción de mediaciones liberadoras que se enfrenten con éxito al capitalismo organizado y al crimen organizado, a la acumulación inequitativa y a la dictadura de la plutocracia y de las propias burocracias que surgen de sus filas y pasan de ser revolucionarias a ser contrarrevolucionarias, un fenómeno que se ha repetido mucho y en el que la corrupción juega un papel más importante de la atención que ha merecido.

En la construcción de las alternativas emancipadoras contener, asediar y aplastar a la corrupción y la cooptación es también un problema central, por los efectos secundarios que éstas tienen en el deterioro del pensamiento crítico y radical, en la formación de nuevos autoritarismos y totalitarismos, y en el triunfo de las contra-revoluciones.

La construcción de la democracia, la liberación y el socialismo plantea una tarea que parece imposible. En ella *todos habrán de participar conscientemente*, aunque unos cuantos, se les adelanten a enseñar aprendiendo y a pensar haciendo lo que sólo se puede hacer entre todos o por inmensas mayorías reflexivas y con ellas.

II. La corrupción y la construcción del socialismo.

La rica y variada experiencia de los movimientos socialdemócratas, comunistas y anticolonialistas ha mostrado, una y otra vez, que la corrupción es un serio obstáculo para el logro de sus fines. El fenómeno se inscribe en otro de mayor amplitud.

La historia mundial de la lucha de clases es una historia mediada de la lucha de clases. Entre las fuentes de mediación se encuentra la corrupción. Es tan importante como la enajenación en que se pierde la conciencia. La lucha por la emancipación implica de manera necesaria la propagación acelerada de la ética colectiva y de la conciencia revolucionaria articuladas entre sí y con las estructuras en que no domina la lógica del mercado sino la de la producción y los servicios sociales. Los obstáculos a superar son colosales.

Marx observó que “las pasiones más violentas y miserables de los seres humanos son las furias del interés personal”. Estudió “el interés personal” como un problema científico y ético que sólo puede ser resuelto si el capitalismo es destruido en el camino a una sociedad emancipada. Identificó ese camino con el socialismo. Engels analizó la moralidad como ideología de los señores feudales y de la

burguesía. Sostuvo en el *Antidürring* que “la moralidad es una moralidad de la clase dominante”. No incluye el deber de luchar efectivamente contra la opresión y explotación de los trabajadores. Es más quienes los oprimen, lejos de apoyar la moral de los trabajadores, lanzan todo género de acusaciones contra los oprimidos que se rebelan; hacen escarnio de sus manifestaciones éticas; los acusan de concupiscencias y crímenes temibles, y emplean en su contra todas las armas a su disposición.

Engels comparó los distintos tipos de moral: la católica y la protestante que vienen del feudalismo; la liberal que viene de la burguesía, la socialista, que viene del proletariado. Consideró que la moralidad proletaria es “la verdadera moral” porque contiene “el máximo de elementos” para cambiar los modos de dominación y explotación actuales y pasados en un sistema que representa el futuro de la libertad y la justicia. En el cálculo de los ideales realizables, el marxismo clásico mostró tener razón al pensar en los trabajadores y proletarios como la clase más indicada para realizar la libertad humana. Pero sus progenitores no disponían aún de las ricas experiencias que mostraría el capitalismo en las mediaciones de la lucha de clases, y en la reestructuración de las propias fuerzas de la clase dominante para una lucha más efectiva contra los insumisos. Por otra parte las contradicciones de la racionalidad instrumental del capitalismo y su crisis terminal como un final posible, por sí solas no aseguraban para nada el fin de la enajenación humana. La creación de un sistema alternativo requeriría tanto la capacidad de enfrentar las represiones y mediaciones en crisis como la de construir nuevas mediaciones. Crearía así los problemas paradójicos de los enajenados que buscan liberarse del sistema que los enajena y descubren que al mismo tiempo tienen que liberarse de su propia enajenación.

Ni los clásicos ni la mayoría de sus sucesores (hasta años recientes) dieron mayor importancia a la moralidad y a la forma sistemática en que el capitalismo utiliza la corrupción y la cooptación en sus políticas de mediaciones. Por aquí y por allá aparecieron reflexiones sobre la “clase moral” y los daños que la violación de la moral revolucionaria inflinge a la unidad de los trabajadores y al logro de sus fines. En un discurso a los jóvenes, Lenin sostuvo que “por supuesto existe una moral comunista” y, --con ese “por supuesto”--, pareció responder a quienes dudaban de la existencia de la moral comunista y de la necesidad de practicarla. También aclaró, con pertinencia y en coincidencia con sus antecesores, que repudiaba cualquier moral derivada de conceptos que no vincularan el humanismo y la lucha de clases. “Nuestra Moralidad —dijo—sirve al propósito de ayudar a la sociedad humana a levantarse a un nivel más alto y a deshacerse de la explotación del trabajo humano”. Cualquier moralidad no sólo resultaría insuficiente, sino inaceptable al no incluir de manera central la lucha contra la explotación de unos hombres por otros. (Cuando no se le incluye, hasta Tartufo puede tener creencias morales.) Pero ni quienes luchaban con Lenin ni quienes perdieron con él, al triunfo de la mediación burocrática y autoritaria conocida como el estalinismo, heredaron legado alguno de

las luchas revolucionarias como luchas a la vez morales y políticas. No recibieron, -o no pudieron recibir--, como memoria colectiva, las experiencias que dejarían después las mediaciones burocráticas de quienes, apropiándose de la “dictadura del proletariado” y de otros conceptos y resortes distorsionados a su gusto, impondrían el autoritarismo y el totalitarismo en el ejercicio del gobierno y del pensamiento, y sentarían las bases de una cooptación y corrupción contaminantes, que llevarían crecientemente al regreso del capitalismo.

En Astrakán, el 6 de agosto de 1928, Christian Rakovski, años más tarde fusilado en Siberia, envió una carta al camarada Valentinov. Denunciaba la corrupción del poder tanto en el PCUS, como en el proletariado, en el Estado y en la sociedad de la reciente Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas. Se refería a robos, prevaricaciones, violencias, “garrafas de vino”. Rakovski denunció increíbles abusos del poder, despotismo sin límites, ebriedad, desocupación, escándalos, “hechos todos conocidos” –aclaró– “y que todo el mundo tolera sin saber por qué”. Rakovski consideró que el más grave peligro de todos era la indiferencia creciente de las masas trabajadoras hacia el destino de la dictadura del proletariado y del Estado Soviético, y su falta de actividad, su falta de participación en el proceso” (efectos parecidos a los que la corrupción de las democracias de mercado tienen en la inmensa abstención para votar que muestran los electores ante un sistema que les ha sido enajenado). Rakovsky señaló el mal que causan las mediaciones contrarias a la participación activa de los trabajadores: “Cuando una clase toma el poder –dijo– un sector de ella se convierte en el agente del poder” No alcanzó a pensar que el problema no era acabar con el agente del poder, sino en extender y articular a los agentes de la emancipación moral y revolucionaria hasta incluir en ellos a la inmensa mayoría de pueblos y trabajadores liberados de sí mismos, de sus concupiscencias y sus miedos, y que al mismo tiempo aprendieran y enseñaran a organizar sus conocimientos y sus fuerzas contra los opresores de clase internos y extranjeros, y contribuyeran activamente a generalizar la constitución de un nuevo modo de *pensar en lo que se quiere y de lograr lo que se quiere*. Rakovski señaló un problema moral y político hasta hoy vigente: si una clase toma el poder (o construye el poder) tiene que controlar a los agentes del poder, y éstos tienen que controlarse y que organizar las relaciones sociales para el control de sus pasos. Como dirían los zapatistas mayas muchos años después: los agentes –en todos sus niveles– tienen que aprender a mandar obedeciendo y a obedecer mandando. Y eso es válido en el mundo entero por muchas variaciones de saberes y haceres que se den.

Pero volviendo a la URSS: hacia 1977 la antropóloga Larissa Adler Lommitz realizó un trabajo de campo que la llevó a descubrir la existencia de una Rusia formal y una Rusia informal. Su valiosa contribución cayó en el mundo de las investigaciones descuidadas, e incluso vistas con recelo por aquella ideología oficial que prohibía el pensamiento crítico y descalificaba a sus opositores con los recursos de la violencia y de la ignorancia. Análisis como los de un país formal y un país real eran descalificados automáticamente como “distraccionistas” y dignos de ir al

basurero de las ciencias sociales. Así, hasta sin quererlo, se impedía enfrentar gravísimos problemas que aparecen en todas las revoluciones, que se reproducen y extienden a la manera de las epidemias y que hasta llegan a matar a sus protagonistas pudiendo ser “enfermedades curables”.

En 1980 Jacques Sapir publicó en una editorial de provincia, --en Lyon—un libro que tituló *Los países del Este. ¿Hacia una crisis generalizada?* Sapir hizo ver que desde 1976 “la burguesía de Estado” de la futura Rusia y de los países del resto del bloque soviético, se volvió tributaria de las economías capitalistas hegemónicas. Reafirmó que cualquier verdadera reforma implicaba “acabar con la explotación”, con los “intercambios desiguales” y con las “distribuciones inequitativas”; pero que aplicar esas medidas resultaba tan peligroso para los agentes del poder como no aplicarlas y que había demasiados intereses para no aplicarlas. De hecho, en la sociedad informal se habían desarrollado numerosos espacios de relaciones capitalistas que estaban en proceso de contaminación generalizada. Los “sectores de la clase trabajadora” que tras la Revolución se habían convertido en “agentes del poder” con el pretexto de ejercer “la dictadura del proletariado”, con el tiempo se convirtieron en agentes de la restauración del capitalismo. Como una nueva burguesía burocrática, o como una “nueva clase” depredadora, llegó un momento en que abiertamente decidieron privatizar la economía socialista en su beneficio, esta vez con el pretexto de crear una economía libre, competitiva y democrática.

La corrupción fue un factor fundamental en el dramático cambio. Boris Kagarlinsky lo destaca como uno de los problemas principales que llevaron al sometimiento de la URSS: “la corrupción creciente --escribe-- no sólo se dio en la cúspide sino en las bases de la sociedad”. Mucho de lo que ocurrió en el terreno del dogmatismo, del autoritarismo y del totalitarismo, se explica por las políticas de ocultamiento de la corrupción y de la Rusia informal que participaba en la corrupción en pequeño y en muchos otros tipos de enajenación del pensamiento crítico y revolucionario.

La restauración del capitalismo revirtió los procesos del bloque soviético y de la República Popular China, envuelta en parecidas contradicciones. Alteró dramáticamente todos los procesos revolucionarios, desde Vietnam a Nicaragua, con concesiones y corrupciones que movían a sorpresa y a rabia, al recordar la inmensa cantidad de héroes que perdieron su vida seguros de estar luchando por un mundo mejor. Como observa Adolfo Sánchez Vázquez, el desenlace de los países socialistas encabezados por la URSS “dio lugar a una desmoralización en la más amplia franja de la militancia, que veía en ese tipo de “socialismo” la encarnación de los principios morales de la izquierda. La desmoralización --aclara el filósofo y viejo militante del partido comunista español-- no alcanza a quienes dentro de la izquierda, denunciaron la usurpación de los principios morales de la izquierda.” Él mismo había sido cada vez más crítico de la URSS desde la invasión a Hungría, y, sobre todo, desde la invasión a Checoslovaquia. Hoy ocupa un lugar entre los más respetados innovadores del pensamiento crítico revolucionario.

En la gran hecatombe, el caso Cuba resulta incomprensible, si se piensa que sigue siendo un bastión del socialismo, al que el imperialismo norteamericano no ha podido vencer a pesar de haber recurrido a sus más agresivos métodos de asedio y bloqueo —económico, mediático, social, político, cultural, intelectual, militar, naval, terrorista-- con múltiples intentos fallidos de movilizar, a las fuerzas “populares” y “democráticas” cubanas para que derrocaran al gobierno de la pequeña Isla del Caribe. Los cuarenta intentos de asesinar a Fidel Castro, que le fallaron, sólo revelan cómo quienes se le oponen tienen que aprender a defender su vida y a mantener la cabeza clara y la voluntad de lucha frente a cualquier tipo de ataques por inescrupulosos y persistentes que sean.

A menos de cincuenta millas de Miami, y con una población de diez millones de habitantes, el gobierno y pueblo de Cuba han resistido la ofensiva por casi cincuenta años. La fortaleza del proyecto socialista se confirma al ver que Cuba ha podido sobrevivir más de una década después de que cesó la ayuda considerable que durante años le prestó la URSS, y que contribuyó al desarrollo de sus industrias y sus defensas militares. Desde los años 90 del siglo XX toda esa ayuda cesó y muchos auguraron que era el final del socialismo en Cuba. Pero, lejos de serlo, fue el inicio de un período muy duro para el pueblo Cubano y que este pudo enfrentar porque también pudo liberarse de la creciente influencia ideológica de un “marxismo-leninismo” burocrático cada vez más incapaz de pensar y actuar para avanzar en la construcción del socialismo. “Cuba —escribe Fernando Martínez—pudo liberarse de aquella influencia y sujetarla al predominio de la cultura revolucionaria”. En circunstancias históricas imprevistas, la Revolución Cubana volvió a su método original de “ventilar las cuestiones prácticas al calor de las divergencias concretas”. Se salió de las “trágicas discusiones” de la interpretación de los textos sacralizados, ritualizados, considerados como base de autocensura, y de inculpaciones inquisitoriales a los competidores o a los adversarios. Durante la influencia soviética en Cuba “se invitaba al seguidísimo, al unanimismo, a la simulación, que aseguraba beneficios y privilegios, que impedía descalificaciones y sanciones...y que también ocultaba obstáculos, problemas y soluciones a enfrentar en lo concreto, sobre todo las atribuibles a los privatizadores del “marxismo leninismo”. (Martínez, 218).

Cuba volvió a la semilla de su revolución. “Recuperó su originalidad creadora”. En ella, la moral, como instrumento necesario para construir el socialismo, adquirió un papel central y práctico mucho mayor al de los grandes pensadores marxistas que, como Gramsci, habían advertido que “la honestidad es necesaria para alcanzar los objetivos del socialismo.” Más que de objetivos a alcanzar en un proceso histórico, se pensó en “¿Cómo alcanzar los objetivos? en la construcción del proceso histórico Se pensó en las mejores formas de lucha para lograrlos, en las acciones que es necesario practicar para ser *consecuente* con objetivos por los que se quiere luchar y por los que se dice que se lucha. Se puso especial atención en la manera necesaria para lograrlos. En la condición *necesaria* destacó la honestidad

dentro de la moral, y la moral dentro de la Revolución como parte de la Revolución, para la Revolución. El problema se planteó en amplios horizontes como “la construcción del hombre nuevo”, y también a escalas menores y medianas de la lucha, que se dan en la producción, los servicios y el consumo.

No fue moral de púlpito ni de prédica sino de práctica. No fuese exhortación ilusoria en que se acomoda el pecado con la confesión. No ocultó ni se ocultó las contradicciones de las relaciones sociales a cambiar. El pueblo cubano —o una proporción inmensa del mismo— hizo una revolución en la propia ética: priorizó la construcción y expansión de estructuras que escapen a la “ley del valor”. en la Obra resultó *necesaria la mediación de todo el pueblo trabajador* en las decisiones sobre lo que se consume y se acumula; de donde también resultó *necesaria la educación y organización de todo el pueblo en agrupamientos masivos y dialogales* para tomar decisiones de economía y gobierno; de donde resultó ineludible abandonar la creencia de que “quienes son un dechado de virtudes” (Ché) van a construir una sociedad más libre y más justa. De donde no resultó necesaria la desaparición de las vanguardias sino *un comportamiento ejemplar de las vanguardias*, que lejos de limitarse o reservarse a ellas, se trasmite y contagia a todos los habitantes *en el afán de saber, saber hacer y saber luchar* para que la ley del valor se achique y desaparezca, todo a sabiendas de que los beneficiarios del sistema de explotación emplearán cuanto recurso tengan a su alcance para impedir que no los priven de los recursos con que explotan el trabajo humano. Enfrentar con la educación, la democracia, la liberación y el socialismo el ídolo del capitalismo y la fetichización de las mercancías y no idolatrar ni fetichizar al socialismo en el proceso de construcción de las nuevas relaciones sociales consistía en hacer exactamente lo contrario de lo que se había hecho en el bloque soviético, donde cada vez más “se daba rienda suelta a la ley del valor, es decir, a la vuelta al capitalismo”.

Las contribuciones de Ernesto Ché Guevara fueron muy importantes; se inscribieron en el gran movimiento Revolucionario iniciado por el “26 de Julio”. Con él, Guevara desarrolló la práctica de mirar a lo lejos y cerca, de advertir los obstáculos del camino y las posibilidades de superarlos. Cuando fue responsable del Banco Central, y de otros cargos directamente vinculados a las finanzas y la economía, su talento práctico y filosófico y su inmensa honestidad le permitieron hacer afirmaciones puntuales sobre las contradicciones necesarias de la Revolución y la forma de superarlas. En el terreno de la corrupción afirmó que “La posibilidad de robo existe y existirá durante mucho tiempo en el socialismo...hasta que haya cambiado la mentalidad de la gente”,. Y en su encuentro con la “disciplina financiera” (a la que llamó “indisciplina”) y con los “ajustes de inventarios” sostuvo: “Sistemáticamente, semana a semana, tenemos que analizar un ajuste de inventarios incumplido...Este provoca...la posibilidad máxima de robo individual...” Tomar medidas para frenar la corrupción ha sido tarea creciente de una enorme cantidad de cuadros, con bajas entre ellos. Pero en una cultura autoritaria como la que vivimos y con la disciplina necesaria para enfrentar el asedio y acoso de los

imperialismos y oligarquías de un capitalismo y un crimen organizados, la responsabilidad de la vanguardia es inmensa pues ésta para ser efectiva necesita mantener y difundir en cada uno y todos sus dirigentes y activistas las virtudes practicadas de la moral, de la política, de la educación y de la pedagogía liberadora. Necesita preparar su propia desaparición como minoría moral, e incrementar la propagación de las relaciones que encauzan las prácticas de interés social.

Es un hecho innegable que el grupo del “26 de Julio” no sólo es honesto sino da todas las pruebas de serlo. Coherencia y consecuencia en la práctica de los valores éticos han sido la base de su recuperación de un lenguaje común para un proyecto común. En la lucha contra las contradicciones, la vanguardia mantiene un papel creador con su propia conducta. “Los jóvenes cubanos de los años cincuenta teníamos un lema –escribe Armando Hart-. La generación de Fidel Castro y de Ernesto Che Guevara agregó a esta posibilidad la idea de combatir la corrupción, el latrocinio, la inmoralidad. Si hoy logramos hacerlo –y sin duda lo han hecho– estaremos abriéndole paso a las mejores ideas revolucionarias del siglo XXI, porque es ahí por donde se quiebra el sistema burgués imperialista”. “Sobre esos fundamentos histórico—culturales –concluye Hart– los cubanos asumimos el ideal socialista de Marx y Engels”.

Al mismo tiempo, como dijo Fidel Castro, los integrantes del Movimiento 26 de Julio reconocieron en José Martí, ese otro revolucionario excepcional, al “autor intelectual de la revolución cubana”.

Los cubanos no hicieron la revolución porque fueran marxistas, sino se volvieron marxistas porque fueron martianos e hicieron la revolución. Y la siguen haciendo, construyendo, creando al destacar y practicar entre otras, la lucha contra la corrupción, como lo hizo Fidel Castro en su discurso de la Universidad de la Habana el 17 de julio de 2005. La lucha contra la corrupción no sólo le da armas al pueblo sino se las quita al imperialismo, que no puede acusar a sus dirigentes de corrupción, ni por un dólar, ni por nada, ni puede chantajearlos, ni puede hacerlos que pierdan su identidad, como ha chantajeado y perdido a tantos que fueron héroes y que se volvieron ángeles caídos a los que persiguen y acaban, invocando a Dios y a la Democracia para exhibirlos ante sus pueblos como lo que son. En cambio, las acusaciones de la revista *Forbes* contra Fidel Castro, al que esa revista colocó entre los grandes millonarios del mundo, fueron para el pueblo cubano, una prueba más de la inmensa capacidad de mentira del imperialismo, tras la que vuelve a mostrar sus intenciones “más violentas y miserables”.

En todo caso la Revolución Cubana inició un nuevo tipo de revoluciones que tienen una aplicación continental y universal con sus grandes aportaciones a la vez morales, políticas y pedagógicas. Otros movimientos como el de los Zapatistas en México, el de los Campesinos sin Tierra, de Brasil, el de los Pueblos Indios de los Andes, entre variantes, confirman el carácter necesario de la lucha por la moral y la política contra la corrupción para acabar con los sistemas de explotación, y para

construir las alternativas “anticapitalistas” y los caminos al socialismo, la democracia y la liberación, “cada quien a su modo”.

REFERENCIAS MINIMAS

- Abadinsky, Howard. *Organized Crime*, Belmont, Wadsworth, 2003.
- Ash, William. *Marxist Morality*, Dehli, Amanta Publications, 1998.
- Castro, Fidel. “Discurso en la Universidad de la Habana el Día de la Juventud”, 17 de noviembre de 2005.
<http://www.cuba.cu/gobierno/discursos/2005/esp/f171105e.html>
- Cerroni, Umberto. *Marx e il diritto moderno*, Roma, Editori Riuniti, 1962.
- De Angelis, Massimo. “Marx and primitive accumulation: The continuous character of capital's enclosures”, September 2001. <http://www.thecommoner.org>
- Dussel, Enrique. *Ética de la liberación en la edad de la globalización y la exclusión*, México, Universidad Metropolitana, 1998.
- Engels, Friedrich. *Anti-düring*, Moscou, Foreign Languages Publishing House, 1959.
- Etzioni, Amitai. *Capital corruption: The New Attack on American Democracy*, New Brunswick, Transaction, 1995.
- Fanon, Frantz. *Les damnés de la terre*, Paris, maspero, 1961.
- Girling, John. *Corruption, Capitalism and Democracy*, New York, Routledge 1997.
- Gosnell, Harold F. *Machine Politics: The Chicago Model*, Chicago, University of Chicago Press, 1977 [1937].
- Gramsci, Antonio. *Quaderni del carcere*, Torino, Einaudi, 2001.
- Harvey, David, *The New Imperialism*, Oxford, Oxford University, 2003.
- Ibáñez, Perfecto Andrés (editor). *Corrupción y estado de derecho. El papel de la jurisdicción*. Madrid, Trotta, 1996.
- Johnston, Michael: “La búsqueda de definiciones: la vitalidad de la política y el problema de la corrupción”, en *Revista Internacional de Ciencias Sociales*, No. 149, 1996.
- Hart Dávalos, Armando. *Ética, cultura y Política*, La Habana, Centro de Estudios Martianos, 2001.
- . *Marx, Engels y la condición humana. Una visión desde Cuba*, La Habana, Editorial Ciencias Sociales, 2005.
- Kagarlinsky, Boris. *New Realism, New Barbarism. Socialist Theory in the Era of Globalization*, London, Pluto Press, 1999.
- Lenin, V.I., *Selected Works*, London, Lawrence & Wishart, 1936.
- Lenkersdorf, Carlos. *Conceptos tojolabales de filosofía y del altermundo* México, Plaza y Valdés, 2004.
- Luxemburg, Rosa, *The Accumulation of Capital*, New York, Monthly Review Press, 1968.
- Martínez Fernández. *El Che y el socialismo*, México, Nuestro Tiempo, 1989.
- Martínez Puentes, Silvia. *Cuba, más allá de los sueños: economía, política y sindicalismo en la obra material, moral y humana de la Revolución Cubana*, México, Paradigmas y utopías, 2004.

- Marx, Carlos. "Wage, labour and capital", en *Selected Works*, Moscou, Languages Publishing House, 1951, Vol. II.
- Merton, Robert. *On Theoretical Sociology: five essays, old and new*, New York, Free Press, 1967.
- Moore, Mark H. "Organized crime as a Business enterprise" in Herbert Edelhertz *Major Issues in Organized Crime Control*, Washington, D.C. U.S. Government Printing Office, 1987, 51-64.
- Njaim, Humberto. "Corrupción política", en *Biblioteca Católica Digital*.
http://www.mercaba.org/FICHAS/Capel/corrupcion_politica.htm
- Njaim, Humberto. *La corrupción, un problema de Estado*, Caracas, Universidad Central de Venezuela, 1997.
- Przeworski, Adam, "A última instancia. As instituições são a causa primordial do desenvolvimento econômico?", *Novos estudos*, CEBRAP, no.72, São Paulo, July, 2005, 59-77. Versión en inglés: "The Last Instance: Are Institutions the Primary Cause of Economic Development?" *European Journal of Sociology* 45(2), 2004. 165-188.
- Petras, James, "Economic Empire Building: The Centrality of Corruption", november 23, 2006. www.dissidentvoice.org
- Rakovski, Christian. "Carta a Valentinov", *Ag.*, 6, 1928
<http://www.marxismoeducar.cl/rakovsky01.htm>
- Rose-Ackerman, Susane. *Corruption: a Study in Political Economy*, New York, Academy Press, 1978.
- Sánchez Vázquez, Adolfo. *El valor del socialismo*. México, Ática, 2000.
- Sánchez Vázquez, Adolfo. *Entre la realidad y la utopía. Ensayos sobre política, moral y socialismo*, México, Fondo de Cultura Económica, 2000.
- Sapir, Jacques. *Pays de l'Est vers la crise généralisée?* Lyon, Fédérop, 1980.
- Strange, Susan. *Mad Money. When markets outgrow governments*, Manchester, University Press, 1998.
- Tablada, Carlos. *El pensamiento económico de Ernesto Che Guevara*, La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, 2005.
- Transparency International. "Informe sobre el Barómetro Global de la Corrupción de Transparency International, 2004"
http://www.transparenciamexicana.org.mx/documentos/PublicacionesTI/InformeGlobal/GCR_2004.pdf
- West, Cornel. *The Ethical Dimensions of Marxist Thought*. New York, Monthly Review Press, 1991.